

decirse que, salvos algunos choques accidentales entre la gente del pueblo y nuestros bisoños, aturdidos con el vino del país, ó enardecidos por la belleza de aquellas mujeres, reinaba la cordialidad. Para algunos españoles más avisados, aquella extraña acumulación de tropas presagiaba cosas más graves que el mero derrumbamiento del príncipe de la Paz, porque, atendida la disposición actual de los ánimos, hubiera bastado para precipitarle del poder una leve indicación de Napoleón. Pero halagaba más el esperar sólo la caída del favorito, y nadie pensaba más que en este único fin; por otra parte no dejaba de contribuir á aquella general alucinación el rumor, atinadamente esparcido, de una expedición contra Gibraltar.

No bien entró Murat en España, recibió una tras otra dos cartas de su amigo el príncipe de la Paz, dándole mil parabienes y haciéndole varias preguntas. En cualquiera otra circunstancia se hubiera el impetuoso Murat apresurado á contestarle, pero dominó fácilmente su deseo el temor de estrechar relaciones con un personaje tan impopular, y más que nada el de disgustar á Napoleón. Quedaron, pues, las dos cartas sin respuesta. No eran las preguntas del príncipe de la Paz las únicas que se le dirigían: las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que acudían á verle y festejarle, excitaban su natural indiscreción por mil medios y rodeos. Pero él se contenía, en primer lugar porque ignoraba los proyectos de Napoleón, y en segundo lugar porque era tanta la gravedad del objeto según él lo entreveía, que para hacerle callar hubiera bastado mucha menos prudencia que la suya. No obstante le desesperaba el hallarse metido en aquel tumulto sin más instrucciones que las prevenciones militares que se le hacían; por lo que, así que se halló en España, se apresuró á poner en conocimiento de Napoleón la situación de las tropas, su desnudez, sus enfermedades, la buena acogida de los españoles, la impopularidad del príncipe de la Paz, el entusiasmo de los naturales por Napoleón y la facilidad de hacer en España cuanto se quisiera, aunque sin ocultarle la necesidad de fijarse en lo que se iba á hacer, y el apuro de no tener instrucciones en presencia de los acontecimientos que se preparaban.—Yo creía, señor, escribía á Napoleón, que después de tantos años de servicios y de lealtad había merecido vuestra confianza, y que una vez investido del mando de vuestras tropas me sería lícito saber los fines á que son llamadas. Ruégoos pues, añadía, que me mandéis instrucciones. Sean cuales fueren, serán puntualmente ejecutadas. ¿Queréis derribar á Godoy, y hacer reinar á Fernando? Nada más fácil. Basta una palabra vuestra. ¿Queréis cambiar la dinastía de los Borbones y regenerar la España dándole un príncipe de vuestra familia? Nada más fácil también. Vuestra voluntad será acatada como la de la Providencia.—El valiente, pero débil observador, Murat, no se atrevía á añadir otra aserción, más exacta que todas las que estampaba en sus informes, á saber, que de todos los príncipes extranjeros que podían substituir á la dinastía reinante, ninguno sería tan bien recibido como él.

Napoleón, que se proponía aterrar á la corte con su silencio, tranquilizando al propio tiempo á la población con una conducta amistosa, para poder llegar á Madrid sin disparar un tiro, y apoderarse pacíficamente del

trono vacío, tuvo un momento de enfado al leer las cartas de Murat llenas de preguntas perentorias.—El mandarlas á usted, le contestó, que marche militarmente, que tenga sus divisiones bien reunidas y á distancia de batalla, que las tenga abundantemente provistas para que no cometan desórdenes, que evite todo choque, que no tome parte alguna en las escisiones de la corte de España, y que me transmita todas las cuestiones que se le susciten, ¿no es darle instrucciones? Lo demás nada le interesa á usted, y si no se lo digo es porque no me conviene que lo sepa.

A esta repreñión agregó las disposiciones que reclamaban las circunstancias. Mandó por medio de un decreto que se enviasen inmediatamente á los batallones destacados de sus regimientos fondos, de los cuales se llevase cuenta por las administraciones de los cuerpos; que se sacase de su guardia subtenientes jóvenes, de letras, y que hubiesen hecho las campañas de 1806 y 1807, para hacerlos tenientes en los regimientos donde faltasen; que todos los que padeciesen sarna fuesen desde luego puestos en cura; que se acampasen las tropas así que pasase la estación rigurosa, lo que no podía tardar mucho en España; que se pusiese en camino la brigada compuesta de los cuartos batallones de las legiones de reserva para reunirse con la del general Darmagnac, encargada ya de ocupar á Pamplona; que se tomase la ciudadela de Pamplona, que se armase y se dejasen en ella unos mil hombres, y se situase después toda la división de los Pirineos orientales entre Vitoria y Burgos para proteger las espaldas del ejército; que se juntasen en el mismo punto todos los regimientos que iban de marcha, compuestos de los refuerzos destinados á los regimientos provisionales, enviando allí la división de Verdier (llamada más atrás reserva de Orleans), y formando de este modo una reunión de fuerzas considerables, bajo las órdenes del mariscal Bessieres, que, contando la guardia, no debería bajar de doce á quince mil hombres, y que, en caso de haber choque, debería guardar la línea de retirada del ejército contra las tropas españolas encargadas de ocupar el Norte de Portugal. Dispuso luego Napoleón el orden de marcha sobre Madrid: mandó á Murat que hiciese atravesar el Guadarrama así al cuerpo del mariscal Monecy como al del general Dupont, al primero por el camino de Somosierra y al segundo por el de Segovia del 19 al 20 de marzo; que estuviese del 22 al 23 ante las puertas de Madrid, que pidiese descansar allí antes de continuar su marcha hacia Cádiz, y que forzase la entrada en la capital en caso de que le cerrasen las puertas, pero después de hacer todo lo posible para evitar un choque. A todas estas prescripciones acompañaba siempre, y repetidamente, la recomendación expresa de no hablar de negocios políticos, de abastecer á la tropa de todo para que no robase, y de retrasar en caso necesario uno ó dos días el movimiento si escaseaban los alimentos y los medios de transporte.

Tuvo, pues, que resignarse Murat á no saber nada más, y se consagró á cumplir fielmente las órdenes del emperador, seguro de que aquel misterio no podía en suma significar nada que él no desease, empezando por el destronamiento de los Borbones de España y la vacancia de uno de los más soberbios tronos del universo.

La ocupación de las plazas, mandada diferentes veces

por el emperador, se llevó á efecto escrupulosamente. Los generales Duhesme y Darmagnac, en Barcelona el uno y el otro en Pamplona, no ocuparon al principio más que el casco de las ciudades, sin hacer caso de las fortalezas que las dominaban. Por una orden secreta emanada de Madrid se mandaba á los generales españoles que recibiesen bien á los franceses, y que les abriesen las ciudades, pero negándose en lo posible á admitirlos en las ciudadelas. Llegado á Barcelona el general Duhesme á la cabeza de unos siete mil hombres, italianos la mayor parte, fué recibido con afectada urbanidad por las autoridades, con curiosidad y benevolencia por la gente acomodada, y con desconfianza por el pueblo bajo. Hubo varias puñaladas, de que fué causa la punible incontinencia de los italianos. Cerráronse las tiendas de resultados de la consternación que produjeron aquellos graves sucesos, y quedaron considerable número de jornaleros ociosos y dispuestos á entregarse á toda clase de desórdenes. El general Duhesme, que se hallaba con siete mil hombres solamente en medio de una ciudad de ciento cincuenta mil almas, aunque seguido de cerca por otros cinco mil franceses, estaba en una posición sumamente crítica, sobre todo no siendo dueño de la ciudadela de Barcelona y del castillo de Montjuich que domina completamente la ciudad. En tan apretado lance, concertó con el general Lechi, que mandaba las tropas italianas, el proyecto de apoderarse de las fortalezas, en el momento en que la orden reiterada de tomarlas vino á terminar sus vacilaciones. Mandó una mañana á sus tropas tomar las armas y dirigió una parte de ellas sobre la ciudadela y otra sobre Montjuich. En la puerta principal de la ciudadela montaban alternativamente la guardia franceses y españoles: aprovechó esta circunstancia para penetrar en lo interior; por efecto de la negligencia de los oficiales españoles, la mitad de la guarnición andaba diseminada por la ciudad, resultando dentro de la ciudadela los franceses en mayor número, y se tomó sin disparar un tiro. No sucedió lo mismo en el fuerte de Montjuich: el oficial que lo mandaba, y que después defendió heroicamente á Gerona, que era el brigadier Alvarez, negó la entrada, y aunque estaba ausente y dispersa gran parte de sus tropas, como había sucedido en la ciudadela, se mostró dispuesto á defenderse. Por su parte el general Duhesme, que se hallaba en aquel punto con el grueso de sus fuerzas, intimó el ataque; pero temeroso el conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, de que hubiese un choque, que era lo que según sus instrucciones debía á toda costa evitar, tomó la resolución de ceder y de entregar el Montjuich á los franceses. Ocupáronlo éstos inmediatamente, y dueños ya de las dos fortalezas que dominan á Barcelona, nada tenían que temer. Con todo, esta ocupación produjo en toda la población de Cataluña una sensación penosa y muy desfavorable en aquellas circunstancias.

En Pamplona el general Darmagnac, que era un hombre honrado, lleno de energía y de lealtad, y que cuando se le mandaba ocupar una plaza prefería generalmente escalarla á viva fuerza á entrarla por sorpresa, empleó un medio ingenioso para penetrar en la ciudadela. Estaba alojado en una casa poco distante de la puerta principal: escondió en ella cien granaderos perfectamente armados; sus tropas tenían la costumbre de ir

por la mañana á buscar sus víveres á la misma ciudadela; destinó unos cincuenta hombres escogidos, que se acercaron desarmados á la puerta de la ciudadela un poco antes de la distribución, y éstos, fingiendo estar esperando, se llegaron á la fuerza que guardaba la puerta, se echaron sobre ella y la desarmaron, mientras los cien granaderos escondidos en la casa del general, acudieron velozmente y decidieron la sorpresa. Llegaron al punto las tropas francesas, sigilosamente reunidas, y se tomó la ciudadela; pero fué con gran pesadumbre de Darmagnac, quien al dar cuenta de lo que acababa de hacer, escribió al ministro de la Guerra: *encargos son estos de muy baja ralea*. Así en Pamplona como en Barcelona fué la sensación general y profunda.

En San Sebastián no hubo tantas dificultades. Mandaba la plaza cierto duque de Crillon, de origen francés: intimóle Murat la rendición y la negó resueltamente. Replicóle el francés que tenía orden de ocuparla, no con intento hostil, sino con miras de prudencia militar muy sencillas, para asegurar las espaldas del ejército, y que si le hacía resistencia mandaría inmediatamente romper el fuego. El duque de Crillon, advertido como todos los demás comandantes de las plazas de que convenía evitar toda colisión, entregó la ciudad, con condición de que Murat se la restituyese si no se aprobaba en Madrid su condescendencia. Consintió Murat en tan pueril reserva, é hizo entrar en San Sebastián un batallón de tropa francesa.

Esta súbita ocupación de plazas, verificada á últimos de febrero y principios de marzo, produjo en España malísimo efecto. Los hombres de más penetración, que observaban que para apoderarse de Portugal, ya conquistado por otra parte, y para derribar á un favorito del estado por la nación, no se necesitaban tantas tropas, empezaban á ver justificados sus recelos y á encontrar mayor aprobación. Poco faltó para que los paisanos viniesen á las manos con nuestras tropas en los países que habían presenciado aquellas sorpresas, acompañadas de más ó menos violencias. La clase acomodada de las ciudades, que, siendo menos hostil á los extranjeros que el pueblo bajo, y propendiendo á ciertas reformas por estar menos fanatizada por el clero, se prometía de nosotros la caída del favorito y la regeneración de España, tuvo un gran disgusto. El pueblo demostró algunos arrebatos de furor, brevemente refrenados por la actitud enérgica de nuestros soldados y oficiales. Otras dos circunstancias contribuyeron también á agravar aquellos impulsos, de abatimiento en la clase media y de celosa ira en el pueblo; fué la primera y más grave la contribución de cien millones impuesta á los portugueses; la segunda, si bien menos sabida del público, el casamiento de madamisela de Tascher con el príncipe de AreMBERG. Empezó á cundir por todas partes la queja de que los franceses se conducían vilmente con los que les habían dado hospitalidad, y todos consideraban cuál sería el gravamen que caería sobre la pobre España si se la exigía una contribución proporcionada á la que abrumaba á Portugal. El casamiento de madamisela Tascher hizo penosa impresión entre la clase ilustrada, que fué la que más particularmente lo supo. Creíase, en efecto, que la princesa destinada por Napoleón al príncipe de Asturias era, no una hija de Luciano, á quien nadie en España conocía, sino una sobrina



de la emperatriz, recientemente adoptada y parienta del embajador Beauharnais. El casamiento de aquella joven con el príncipe de AreMBERG llenó de desesperación á todos los que contaban con el próximo enlace de una princesa de Francia con Fernando, siendo ya para ellos el destronamiento de los Borbones la única intención que pudiera suponerse al emperador. La clase media, y principalmente la nobleza, se hubieran quizá conformado con un cambio de dinastía, que les hubiese garantido la regeneración de España sin sujetarlos á la tremenda prueba de una revolución como la francesa; pero el clero, y los monjes particularmente, que miraban á los franceses como enemigos peligrosos para su existencia, repugnaban semejante idea con cólera, y no les costaba trabajo influir en un pueblo fanático todavía, ansioso de agitación y de desórdenes. El clero, en comunicación desde un extremo al otro de España por medio de las diócesis y de los conventos, tenía un medio poderoso de difundir por todas partes con increíble rapidez las impresiones en que estaba interesado. Sin embargo, estas primeras impresiones sólo fueron un signo precursor del odio que iba á inflamarse en contra nuestra. Otro objeto por entonces llamaba la atención de los españoles, que era la corte, en la que una madre desnaturalizada y un favorito execrado, que dominaban á un rey débil, tenían supeditado á un príncipe joven adorado del pueblo. Todas las miradas se dirigían hacia Madrid y Aranjuez, hacia donde eran también llamados con el deseo los franceses para que llevasen á cabo una revolución que todos apetecían. Verdad es que ciertos actos acababan de inspirar algún recelo sobre sus intenciones; pero explicados los unos como meras precauciones militares, los otros como medidas aplicables tan sólo á Portugal, pronto se desvanecieron de la memoria de una nación exclusivamente ocupada en un solo objeto, y todos volvieron á pensar en la corte, para anhelar su caída y prometérsela de los franceses.

Acercábase entretanto el momento de la catástrofe. Napoleón había hecho salir de París á Izquierdo hacia el 25 de febrero, para que helase de espanto el corazón de los soberanos de España, y á Mr. de Tournón para que entregase una carta alarmante por su misma insignificancia; porque cuando se le había pedido una princesa para Fernando, había eludido la respuesta afectando interesarle saber si el príncipe había recuperado la gracia de sus padres; y ahora que ya no se le hablaba de casamiento, quería que se le hablase de él. Estas contradicciones, explicadas de un modo siniestro por los informes de Izquierdo, por la marcha de las tropas francesas y por el silencio de Murat, debían producir en Madrid la crisis tanto tiempo esperada.

Izquierdo llegó á Madrid del 3 al 4 de marzo, y fue presentado el 5 en Aranjuez á toda la familia real. Sus informes fueron en alto grado alarmantes, y llenaron de espanto á los reyes y á la tertulia íntima del príncipe de la Paz, á su madre, á sus hermanos y á su confidente la señorita Tudó. Después de exponer el estado de la negociación entablada con Mr. de Talleyrand cuyo resultado debió haber sido conceder á los franceses las provincias del Ebro y la apertura de las colonias españolas, declaró Izquierdo que aquella negociación, por muy desconsoladora que pareciese, no era sino un verdadero cebo; que Napoleón evidentemente quería otra cosa,

nada menos que el trono de España para uno de sus hermanos. Fácil le fué á Izquierdo convencer á la corte de Aranjuez, ya aterrada, de que si no tomaba un partido decisivo iba á verse perdida. No eran muy á propósito, para disipar los temores que había infundido, la llegada de Mr. de Tournón y la carta que traía. Carlos IV, enfermo de un reumatismo en un brazo, recibió al comisionado francés con una urbanidad que recelaba en vano una amarga pesadumbre; la reina y el favorito le recibieron con una sonrisa forzada, que disfracaba en vano su furioso rencor. Carlos IV dijo con un tono de dolor profundo que presto contestaría á su aliado el emperador Napoleón, y se apresuró á terminar una entrevista tan inútil como penosa. Desde aquel momento se adoptó definitivamente el proyecto de la fuga. Grande y cruel sacrificio era para Carlos IV el tener que dejar los tres ó cuatro palacios situados cerca de Madrid, entre los cuales acostumbraba á repartir su vida pasando de uno á otro á cada cambio de estación, como aquellos animales que cambian de climas buscando el calor. Amarga privación era para él el tener que renunciar á sus cacerías del Pardo, en vez de quedarse á esperar á Napoleón para encomendar á su omnipotencia los destinos de la casa de España. Tenía el buen Carlos IV un corazón demasiado leal y un entendimiento harto limitado para suponer posible una sola de las combinaciones de Napoleón, y se inclinaba á creer que todo podría aún arreglarse esperándole y entregándose á él. Creemos en verdad que este sencillo abandono de la flaqueza dándose por vencida, habría puesto en singular aprieto á Napoleón, y producido quizá otro resultado. Pero el príncipe de la Paz y la reina, persuadidos de que no tenían ellos gracia alguna que esperar, y de que la intervención de Napoleón en cualquier sentido que fuese, obraría siempre contra ellos, no le dejaron á Carlos IV elegir, y le arrastraron á retirarse á Andalucía. Es probable que sólo le hablarían de este primer viaje, contando con los acontecimientos para decidir después la retirada definitiva á América. Su resolución en este punto era tal, que el príncipe de la Paz, en uno de sus arranques de atrevimiento, exclamó que antes se llevaría por fuerza al rey, que consentir que esperase en Aranjuez la llegada de los franceses.

Sin embargo, para no privarse de todo recurso de parte de la Francia, se dispuso que volviese inmediatamente Izquierdo á París, y que sin escasear súplicas con Napoleón, ni el oro con sus agentes, conjurase el golpe que amagaba á la casa de España, y firmase todos cuantos tratados se le presentasen por más deshonrosos que fueran. Salió, en efecto, con toda precipitación el día 11 de marzo por la mañana, para poder llegar á París antes que se expidiese cualquiera orden funesta, y tal era su turbación, que estando el camino lleno de pasajeros, todos los que le encontraron quedaron sorprendidos.

Tomada la resolución de retirarse á Andalucía, faltaba inclinarse á otros muchos hacia este proyecto, así en Madrid como en Aranjuez. El príncipe de Asturias, juzgando de las intenciones de Napoleón por las muestras de interés que le prodigaba Mr. de Beauharnais, miraba á los franceses como libertadores, y no quería que le separasen de ellos, constituido en prisionero de la reina y del príncipe de la Paz. Proclamábalo así en alta voz

desde que se empezó á tratar del viaje á Andalucía, viaje de que en efecto se hablaba á la sazón como de cosa ya resuelta. Habíase adherido á su opinión su tío el infante don Antonio, que participaba de su odio hacia la reina y el favorito, lo mismo que todas las personas de la familia real, excepto la reina de Etruria, que acababa de llegar de Toscana para tomar posesión del Norte de Portugal. Esta princesa era odiosa á Fernando sólo por tener el aprecio de la reina, pero apenas se tomaba en consideración su voto. Todos los que lo tenían válido en la familia real eran opuestos al proyecto de huida, y querían que se esperase á los franceses. La reina y el valido, sin curarse de tal oposición, estaban resueltos á atropellarla, y á llevar de grado ó por fuerza toda la familia real á Sevilla. Pero aun había otras resistencias más formidables que vencer. El Consejo de Castilla, secretamente consultado, rechazaba la idea de una retirada vergonzosa, y había contestado que no debía jamás haberse admitido á los franceses en España; pero que después de haberles permitido la entrada con tanta facilidad, era preciso ó adoptar la resolución eficaz y súbita de hacerles frente, soliviando contra ellos la nación entera ó abrirles los brazos apelando á la lealtad de aquellos aliados, recibidos en España como amigos y hermanos. Otra oposición, la más imprevista de todas, se declaró de repente. El ministro de Justicia, Caballero, había pasado por más adicto de lo que en realidad era á la fortuna del príncipe de la Paz. Llamado por sus atribuciones como ministro de Justicia á figurar con mucha frecuencia en la causa del Escorial, había cargado con toda su odiosidad, aunque sin merecerla, puesto que había sostenido en presencia del rey y de la reina, que no resultaban de los papeles recogidos ni de los hechos averiguados indicios suficientes para intentar un proceso criminal; hasta había incurrido por este motivo en el odio de la reina, que le calificó de traidor vendido al príncipe de Asturias. También el público le creía mucho más culpado de lo que realmente era. No quería Caballero oír hablar siquiera del viaje á Andalucía: decía que era abandonar cobardemente el país; que no se debía nunca permitir á los franceses la entrada en España; pero que cometido ya este desacierto, lo más decoroso era saberlos esperar; que huyeran los que desconfiaban de ellos; que probablemente Carlos IV, cuya conducta había sido siempre leal, no tendría que dolerse de haberlos esperado. Don Pedro Ceballos, ministro de Estado, que después quiso pasar por antagonista del príncipe de la Paz aunque le estuvo servilmente sometido, y cuyo patriotismo se reducía á un odio estúpido á los franceses, permaneció espectador pasivo de aquel conflicto, y dejó á Caballero contrastar solo el proyecto de huida. No hizo caso el príncipe de la Paz, y dió todas las órdenes necesarias para el próximo viaje; mas deseando ocultar su objeto, habló vagamente del proyecto de visitar personalmente los puertos, cuya vigilancia le estaba sometida por su empleo de almirante.

Desvaneciéndose en breve toda duda con los envíos de alhajas y muebles ya observados, y los preparativos de la corte y de la familia Tudó. Difícil sería formarse una idea cabal de la indignación que se apoderó de los españoles al saber que iban á verse abandonados por la casa de Borbón, como lo habían sido los portugueses

por la de Braganza. Despreciando las ventajas que pudiera en lo sucesivo producir semejante resolución para la conservación de las colonias, juzgaban que si en realidad estaban los franceses animados de tan perversas intenciones, era demasiada torpeza no haberlas conocido antes, ó demasiado delito haberlas favorecido; que de todos modos era preciso saberse resistir hasta la muerte; que todos los españoles con el rey y los infantes á su cabeza estaban obligados á proteger la capital con sus pechos y á dejarse matar antes que abrir sus puertas, siendo la cobarde huida la más indigna traición; que por fuerza había en aquella fuga algo más que una mera precaución de prudencia en favor de la familia real, á saber, un cálculo formal de prolongar el usurpado poder del favorito, puesto que si se quería huir de los franceses era porque se los suponía contrarios á Godoy y favorables al príncipe de Asturias. Generalizado este juicio, recobraron los invasores un tanto de popularidad, y decíase que lejos de huirlos ó contrarrestarlos, convenía salirles al encuentro y recibirlos, puesto que el príncipe de la Paz desconfiaba tanto de sus intenciones. La exasperación de todas las clases contra la corte llegó á su colmo: los nobles, la clase media, el pueblo y el ejército, todos usaban en Madrid del mismo lenguaje, tan franco, tan atrevido é inmoderado como podía serlo en el país más libre, en la expectativa del más grave acontecimiento. Distinguíase por su resolución entre el ejército el cuerpo de guardias de corps, al que había hecho el príncipe de la Paz mucho daño, desorganizándole totalmente; sus individuos estaban llenos de cólera, y querían oponerse con la fuerza á la salida del rey. Entre sus jefes había muchos enteramente consagrados al príncipe de Asturias y en frecuentes relaciones con él que hasta se decía recibían sus inspiraciones y sus órdenes.

Esta ruidosa oposición en nada logró alterar los proyectos del príncipe de la Paz y de la reina, inspirándoles tan sólo el deseo de substraerse cuanto antes á tantos odios y peligros, retirándose primero á Andalucía y luego á América si era preciso. El príncipe de la Paz dió sus órdenes al efecto: hizo que volviesen atrás las tropas destinadas á ocupar el Portugal, porque estando á pique de perder la España no era cosa de pensar en los Algarbes y en la Lusitania septentrional, y en consecuencia el general Taranco dejó á Oporto, y volvió por Galicia al reino de León; el general Carrafa por el Tajo arriba subió hasta Talavera; y el general Solano, marqués del Socorro, retrocedió desde Elvas hacia Badajoz, y se encaminó á Sevilla. No se proponía seguramente el príncipe de la Paz resistir al ejército francés con fuerzas como las suyas, cuyos cuerpos no contaban arriba de seis á siete mil hombres, destinados más bien á proteger la retirada de la familia real, que á organizar una defensa desesperada en el mediodía de España. En el puerto de Cádiz se hallaban dispuestas varias fragatas para cualquier evento (1).

(1) Las resoluciones interiores del gobierno español por lo general sólo se saben de oídas, porque nada se escribió acerca de ellas por persona bien informada. Sin embargo, el marqués de Caballero, excitado posteriormente por Murat, le entregó tres Memorias muy curiosas é instructivas sobre los acontecimientos que habían precedido á los motines de Aranjuez, cuyo manuscrito se conserva en la secretaría de Estado. Al referir Caballero las discusiones que



El príncipe de la Paz, según su costumbre de pasar una semana con Sus Majestades, después de pasar otra en Madrid, volvió á Aranjuez el domingo 13 de marzo. El sitio de Aranjuez viene á reducirse á un soberbio palacio situado á la orilla del Tajo, decorado al estilo italiano, con magníficos y deliciosos jardines que recuerdan un tanto el gusto arábigo. Yendo de Madrid, está dicho sitio á la derecha de una carretera espaciosa como la alameda de los Campos Elíseos que forma al frente del palacio una gran plaza. A la izquierda se ven varias suntuosas hospederías destinadas á los ministros y á los más altos personajes de la corte, una de las cuales ocupaba el príncipe de la Paz. El pueblo, ó mejor dicho el arrabal de Aranjuez, lo constituye una multitud de casas donde se alojan los mercaderes y proveedores, que van siguiendo á la corte y á su numerosa servidumbre.

No bien llegó á Aranjuez, dió el príncipe de la Paz la orden definitiva del viaje, que se fijó para el martes ó miércoles, 15 ó 16 de marzo. Ya el director de las caballerizas tenía dispuestos los coches de la casa real, y los tiros estaban apostados en el camino de Ocaña, que conduce á Sevilla. En Madrid se había dado orden á los guardias walonas y españolas y á los guardias de corps que no estaban de servicio para que estuviesen prontos á marchar á Aranjuez.

Pero, aunque no se hubiese hecho el menor caso de la oposición de los ministros, al fin era forzoso anunciarles la resolución definitiva de la corte, y pedirles que firmasen diversas órdenes. Así que llegó á Aranjuez convocó el príncipe de la Paz á varios de ellos en palacio, y principalmente al marqués de Caballero. Tardó éste en acudir, é incomodado el valido le recibió de mala manera. Obstinado el ministro en su oposición, se negó á autorizar con su consentimiento y con su firma el viaje, no sólo proyectado, sino ya resuelto.—Yo le mando á usted que firme, le dijo el príncipe en un arrebato de cólera.—A mí nadie me manda más que el rey, contestó Caballero.—Semejante oposición, en el hombre que no se distinguía por su carácter resuelto, hubiera debido bastar para conocer cuán menoscabada estaba ya la autoridad del favorito. Habiendo acudido los otros ministros, se promovió entre ellos un grande altercado. Caballero, cuya irritación había llegado á su colmo, echó en cara á Ceballos su servil complacencia hacia el príncipe de la Paz, y le sostuvo solamente el ministro de Marina. Separáronse sin quedar en nada, y al salir de palacio aquellos consejeros de la corona, denotando en el semblante y en el lenguaje la agitación de que estaban poseídos, soltaron palabras que enteraron al público de cuanto se trataba y del peligro que amenazaba.

Por su lado el príncipe de Asturias y su tío el infante D. Antonio hicieron saber á sus afiliados lo que había llegado á su conocimiento, y en cierto modo pidieron auxilio contra la violencia que con ellos se meditaba. Los jefes de guardias devotos del príncipe hablaron al cuerpo, ya dispuesto á quebrantar todas las leyes de la disciplina á la primera indicación. La servidumbre, que

tuvo con el príncipe de la Paz sobre el proyecto de viaje, cuenta todo lo que en aquella ocasión pasó, y trae detalles sumamente preciosos. Señaladamente oyó asegurar al príncipe de la Paz, que acababa de mandar que estuviesen prontas en Cádiz cinco fragatas para transportar la familia real á Ultramar. (N. del A.)

sabía por los preparativos que ella misma había hecho cuán próximo estaba el viaje, y que tenía gran sentimiento en dejar su antigua y amada residencia, dió aviso á los vecinos de Aranjuez. Estos, pesarosos de que se les marchase la corte, se resolvieron á impedir su salida, y divulgando por los pueblos aledaños la noticia de la huida, atraieron á los temibles pobladores de la Mancha, incomodados también de que se fuese la corte y les privase de sus consiguientes granjerías. El conde del Montijo, personaje singular, perseguido por la corte, y que reunía al nacimiento y á las riquezas de grande cierto tino y afición para dirigir los motines populares, descollaba en aquella asonada, dispuesto á dar á las turbas la señal de la insurrección. Todos, pues, estaban reunidos, los vecinos de Aranjuez, los naturales de la Mancha y los guardias, animados de una misma ansiedad, de un mismo interés y de las mismas pasiones, rondando en torno del palacio, constituidos en guardia permanente.

El lunes 14, día siguiente al altercado entre Caballero y el príncipe de la Paz, transcurrió en la mayor agitación. Al otro día (martes 15) el espectáculo de los últimos preparativos de la corte, los dichos de los ministros disidentes, y ciertas palabras atribuidas al príncipe de Asturias, que se suponía pedía auxilio contra los que trataban de llevárselo á Andalucía, produjeron tal conmoción, que á cada instante se temía ver estallar una insurrección popular. El aspecto y las amenazas ya no eran de otra cosa; solo faltaban los actos y la violencia.

Al día siguiente por la mañana (miércoles 16), viendo los autores del proyecto de viaje que la partida iba á frustrarse si no se procuraba calmar por un momento á aquella población agitada, idearon publicar una proclama en que Carlos IV prometía no salir de Aranjuez. Redactóse ésta inmediatamente, se leyó y fijó en las principales calles de Aranjuez, y se envió á Madrid con toda premura. — Amados súbditos, venía á decir en substancia: no os alarméis ni por la llegada de las tropas de mi magnánimo aliado el emperador de los franceses, que han entrado en España para repeler un desembarco del enemigo en nuestras costas, ni por mi supuesto proyecto de viaje. No: no es cierto que yo quiera apartarme de mi amado pueblo. Quiero permanecer y vivir con vosotros, contando con vuestra generosa lealtad contra cualquier enemigo, sea el que fuere. Españoles, calmaos, vuestro rey no se separará de vuestro lado.

Esta proclama, que inspiraba cierta seguridad, calmó los ánimos por un momento. Se agolpó el gentío en la plaza del palacio pidiendo ver á sus reyes, y al presentarse éstos en los balcones empezó á gritar: ¡Viva el rey! ¡Muera el príncipe de la Paz! ¡Muera el favorito que deshonor y vende á su soberano! Así terminó el día 16 en medio de una especie de satisfacción que desgraciadamente debía ser pasajera.

En el siguiente día, 17 de marzo, todavía parecía irrevocable el viaje á pesar de las promesas del rey: los furgones permanecían cargados en los patios del palacio; los caballos seguían apostados. Las tropas que formaban la guarnición de Madrid, compuestas de guardias walonas y españolas, y de la compañía de guardias de corps que no estaba de servicio, se habían encaminado á Aranjuez; seguían una parte del pueblo de la capital, y multitud de curiosos, sin separarse de ellas en todo

aquel viaje de siete á ocho leguas. Iban aquellas turbas alzando todo el camino clamores contra la reina y contra el príncipe de la Paz, y preguntando á los oficiales y soldados si permitirían que un indigno usurpador les arrebatase su soberano, llevándose consigo para tiranizarlos más cómodamente. Con este séquito llegaron las tropas á Aranjuez al caer la noche, y se alojaron en las casas de los vecinos: medio muy inoportuno para hacerlas volver á la disciplina. Ocurrió otra circunstancia que persuadió al pueblo de no ser las promesas del rey otra cosa más que una añagaza; y fué que llegaron á Aranjuez las mismas hermanas Tudó, para salir, según se decía, aquella misma noche con dirección á Andalucía. La afluencia en torno del palacio y de la morada del príncipe de la Paz, situada al otro lado de la alameda principal, era más considerable que en los días precedentes, porque á los asustados vecinos de Aranjuez y á los lugareños de la Mancha se habían agregado muchos soldados sin armas, que apenas tomaron posesión de sus alojamientos fueron á reunirse al gentío, y los muchos curiosos procedentes de Madrid. Los guardias de corps, al menos los que no estaban de servicio, instigados visiblemente por los parciales del príncipe de Asturias, se diseminaron en patrullas rondando voluntariamente las caballerizas de la casa real y la habitación del príncipe de la Paz.

Cerca ya de media noche, saltó la chispa que originó la explosión con un accidente extraño ocurrido bajo las ventanas del favorito. Una patrulla de guardias de corps y varios curiosos sorprendieron saliendo de aquella casa del brazo de un oficial á una señora, escoltada por unos húsares de los que solían montar la guardia del príncipe, y creyendo reconocer en ella á la señorita Tudó, que, según decían, se disponía á subir á un coche, la rodearon, dando ocasión á que los húsares del príncipe trataran de abrirse paso y saliera un tiro no se sabe de dónde. Armóse al momento un espantoso tumulto: los guardias de corps corrieron á su cuartel, ensillaron sus caballos, y cayeron repartiendo sablazos sobre los húsares del príncipe, con los que primero toparon. Las guardias walonas y españolas tomaron también las armas, más bien para agregarse á la multitud que para hacer respetar la autoridad real. Desenfrenado entonces el pueblo, se agolpó bajo los balcones de palacio, llamando al rey á gritos, y exigió que se presentara para que oyese la manifestación de sus deseos, repitiendo enfurecido los gritos de ¡viva el rey!, ¡muera el príncipe de la Paz! Después de aterrarle con sus aclamaciones, se dirigió á la casa del príncipe de la Paz rodeándola por todas partes.

Consideraba aquel pueblo, novicio en la carrera revolucionaria, que era un atentado superior á su audacia el forzar las puertas para penetrar en ella: detúvose un instante titubeando, aunque lleno de impaciencia, y devorando con las miradas su presa antes de arrojarle á ella. Preséntase de súbito uno á quien se suponía mensajero de palacio á la puerta del príncipe, solicitando la entrada; niégansela; él insiste, los porteros, creyéndose acometidos, tratan de defenderse, y en medio de aquella efervescencia suena un fusilazo. Cesa entonces la incertidumbre: las turbas enfurecidas fuerzan las puertas, las desquician, invaden las suntuosas habitaciones del favorito, las destrozan, arrojan por las venta-

nas cuadros, colgaduras y ricos muebles, y, más iracundas que ansiosas, destrúyenlo todo sin robar cosa alguna, como suele suceder en todos los motines de cualquier muchedumbre exasperada y no envilecida. Recorrieron todos los apartamentos buscando el objeto de la pública aversión, y no encontraron más que á la desgraciada esposa del príncipe de la Paz. Hasta el más bajo populacho había llegado á saber en España toda la vida íntima de Godoy: nadie ignoraba cuantas mujeres tenía, á cuál de ellas amaba, y á cuál no: todos sabían los infortunios de aquella augusta princesa de Borbón, tristemente sacrificada á un simple guardia, para darle el lustre real de que carecía. Al verla el pueblo, se postra á sus pies, la conduce con respeto fuera de la casa allanada, la coloca en un coche y la lleva en triunfo hasta el palacio de sus soberanos, exclamando: ¡Esta es la inocente! Después de haberla restituído á la morada de los reyes, de donde no hubiera jamás debido salir, vuelven al palacio del príncipe de la Paz las turbas, ansiosas de poner el colmo á su venganza, buscan el dueño por todos sus escondrijos, y no hallándole, sacian su cólera con la más espantosa devastación. Toda aquella noche pasó en inútiles pesquisas, y haciendo destrozos; y no habiendo logrado dar con el favorito, se retiraron al despuntar el día suponiendo que se había salvado fuera.

Fácil es imaginarse el espanto de Carlos IV y la desesperación de la reina en aquel momento. El recuerdo de la revolución francesa les había siempre aterrado, y ahora veían ya á aquella revolución tan temida en su mismo país, lanzando los mismos gritos y cometiendo los mismos actos, aunque estimulada por diversos sentimientos. Andaban desolados, aturridos, y estaban resignados á cuanto se les pidiera. Sin embargo, aquella reina, justamente odiosa, llevaba el torcedor de una pasión fatal y verdadera que, sin hacerla interesante, podía por lo menos disculpar hasta cierto punto su vida licenciosa: en su terror se olvidaba de su familia y de sí misma, y de nadie se acordaba más que del dueño de su corazón, del perseguido Godoy. Preguntaba por él á todo el mundo, y mandaba por todas partes sus fieles criados para que averiguasen su paradero y le trajesen noticias suyas.—¿Dónde está Manuel?, exclamaba, ¿dónde está?—y ni se curaba de ocultar el llanto que semejante pena le arrancaba. El mismo rey, en los breves momentos en que le abandonaba el miedo, preguntaba qué habían hecho del pobre Manuel, que le era, decía, tan fiel. El príncipe de Asturias por su parte, viendo á su enemigo caído, y la corona vacilante en las sienes de su padre para caer sobre las suyas, ignorando que estaba destinada á caer en tierra y á que la recogiese la punta de un sable, mostraba cierto júbilo cobarde y maligno, de que su madre se apercibía pagándosele con las más duras repreciones.

Acudieron los ministros y varios personajes de confianza, y aconsejaron tumultuosamente al rey que despojase al príncipe de la Paz de todos sus empleos y honores, como único medio de restablecer la tranquilidad y de salvar la vida al mismo príncipe. El rey, que estaba dispuesto á todo, y la reina, que prefería la vida de su amante á su poder, consintieron al momento, y á la mañana siguiente (18 de marzo) apareció un decreto anunciando que el rey destituía á D. Manuel Godoy